

El Liberal de Reus

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
 En Reus: mes 1'50 pta.
 Fuera: trimestre 5
 Extranjero y Ultramar: id. 9
 Toda la correspondencia al Director.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
 En la Redacción y administración e imprenta de la Constitución (pórticos).
 Anuncios y comunicados precios convencionales.

DIARIO POLÍTICO LITERARIO Y DE AVISOS Y NOTICIAS

Director: D. PEDRO NOLASCO GAY

Año II

Sábado 9 de Julio de 1898

Núm. 368

FARMACIA SERRA La que paga más contribución de la provincia
 Abierta toda la noche
 REUS.- rrabal de Sta. na. 80.
 Junto a la plaza de Cataluña.-REUS

El traslado de Comercio
 D. JUAN DÓ Y PRATS, ha trasladado su habitación y despacho del Arrabal de Sta. Ana 14, a la calle de la Concepción núm. 1, 1.º Reus.

CONSIDERACIONES
 Cada día que avanzamos en el curso de la infortunada guerra con los Estados Unidos, vamos comprendiendo las desgracias sin fin que la suerte de para a nuestra querida patria. A pesar del espíritu público reanimado un tanto por la grata noticia de la salida de la escuadra de Cervera de la bahía de Santiago de Cuba el hoy, en triste y notable por el desastre ocurrido a dicha escuadra a veinte millas de aquella plaza.
 Impresiones! Malistas! El espíritu! Combate por sus laureles! Los marinos? Entristecidos por sus desastres y desastres!
 El gobierno no tiene la culpa de tener marinos que no sirven para la lucha, generales que no sepan cumplir los pactos con nuestros enemigos; más, sobre el, tienen que caer todas las responsabilidades.

Es cierto que la orden para que saliese Cervera del «embotellamiento», ha sido transmitida por el Gobierno al general Blanco para que este se la comunicara al almirante Cervera. Pero el Gobierno da esas y otras órdenes para que se aprovechen en un momento oportuno, en buenas o regulares condiciones, en horas que puedan favorecer sus movimientos, con la táctica, pericia y habilidad de sus marinos y sobre todo considerando a la vez que veinte y siete millones de duros que valen los barcos de Cervera no deben jugarse al azar sin trabar casi combate y morir ignominiosamente sin causar ni el más ligero daño al enemigo.
 No hará muchos días que en otro artículo dijimos lo mal que había hecho Cervera en fondear en la bahía de Santiago. Desgraciadamente nos poníamos cual sería su fin al pretender hacer un movimiento cualquiera. Los hechos han convenido a todo el mundo del finísimo plan del infeliz almirante.
 De esta jornada tristísima habla con lágrimas en los ojos todo el mundo; en las calles, en los cafés, en las tertulias, en las casas; porque a la dolorosa catástrofe de Cavite hay que añadir otra todavía más triste y dolorosa. El pueblo, justamente impresionado por tanto sufrimiento y desacuerdo se entre-

ga a las conjeturas más raras, y a los planes más descabellados, a las ideas más alejadas de lo natural y de lo lógico.
 ¿Se piensa evitar un desastre como el de Cavite y ha resultado peor, mucho peor todavía! ¿Cómo han luchado esos marinos para hacer un muerto y dos heridos al enemigo? ¿Es que no llevaban cañones? ¿Faltaban proyectiles? A estas y otras reflexiones se entrega el pueblo entero.
 Dicen que el señor Sagasta quiere seguir la guerra con más brío y empuje que antes. En cambio he aquí las atribuidas a un ministro de la Corona.
 Hay que afrontar serenamente las adversidades de la fortuna y tener ancho pecho para seguir sin flaqueza ni debilidades combatiendo contra los que pretenden despojarnos de lo que es nuestro, hasta que reveses contra los cuales nada pueda hacerse nos obliguen a capitular.
 Entonces diremos que combatimos de la patria hasta caer destruidos por completo, pero no que nos ruidamos con ejércitos poderosos en armas. Ahora si el país exige otra cosa, debemos obedecer inclinándonos ante su voluntad.
 Ahora, sí, porque el pueblo la desea más que nadie. ¿Qué puede esperarse

ya? ¿Se espera que los yanquis tomen más territorios para que sean más exigentes? Han derrotado nuestras escuadras; tienen cercadas por mar y tierra dos plazas fuertes, una en Filipinas y otra en Cuba; en poder suyo las islas Marianas; han caído en poder suyo entre unos y otros combates más de dos mil prisioneros y no pocos buques mercantes y de guerra. Han arruinado a España para muchos años protegiendo una insurrección y destruyendo dos escuadras; y para qué decir más? En otras guerras muy recientes cuánto se ha necesitado para que todas las naciones pidieran la paz a favor de la victoria? Igual ó mucho menos. Por eso es preciso que las naciones o el gobierno del señor Sagasta no vacilen para llegar a esa paz que el pueblo quiere, ansia y desea.
 Hemos perdido dos grandes escuadras! Hemos sido vencidos en los mares por esa canalla! ¿Que los vamos a hacer? No se han batido nuestros soldados como héroes? ¿No queda al salvo mente que sí, porque España, rendida y agobiada por tantos años de lucha, ha reparado en defender su bandera hasta donde ha podido afrontando una guerra sangrienta antes que ser considerada como cobarde?
 Por eso deseamos que el gobierno

era la conducta de su señor lo que hubiera podido inspirarle principios severos, la joven señora no lo ignoraba.
 El hombre que no había respetado la inocencia de Monica, aquel que debía haber encontrado un placer perverso en borrar la imagen del prometido, en reemplazar el honor y la virtud por el libertinaje y la vergüenza, este debía ser Fermín.
 En este caso nada era desesperado, bastaba asegurarse de ello, y mostrar a Monica lo que realmente era este ser vicioso; en seguida estaría curada de su desfallecimiento.
 La cosa más urgente era el asegurarse de que Fermín se había fijado en la joven campesina, y para esto era preciso que una persona se informara. Cual sería esta persona?
 En el momento en que la señora Hortensia se mortificaba inutilmente la cabeza, llamaron a la puerta y Huberto se presentó.
 —Llegas oportunamente, le dijo la joven señora de pronto iluminada. Buscaba un hombre de confianza para una misión delicada, este seréis vos.
 La fisonomía del joven se iluminó y dio las gracias a aquella que le procuraba la dicha de serle útil.
 En el momento de hablar, la señora Hortensia notó que si la misión era difícil de cumplir explicarla no era más sencillo.
 —Temo, dijo, poniéndose colorada, que Monica esté bajo una influencia perniciosa. La encuentro muy diferente de lo que era cuando llegó, y me he dicho, semejante cambio no podía ser debido exclusivamente a su vida nueva. Es joven, es linda, no habéis notado si alguien le hace el amor?
 Huberto que no simpatizaba mucho con Monica, se ocupaba de ella lo menos posible y no había notado nada.
 —Me he figurado, continuó diciendo la señora Hortensia, poniéndose más encarnada, que Fermín ha podido tener la idea de seducirla... Esto no tendría nada de extraño, pues Fermín es en cuanto a moralidad un hombre poco recomendable, cualesquiera que sean por lo demás sus cualidades de criado. Quería estar se-

Con un sentimiento de cólera muy natural contra la sinceridad de Monica, el señor Dunois le hizo por la noche un sermón muy serio. Le expuso todos los males que les podía ocasionar una imprudencia y arrancó a la joven la promesa de que no se dejaría arrancar la verdad bajo ningún pretexto.
 A la mañana siguiente mientras que Mónica arreglaba el cuarto, la señora Hortensia le habló como se había propuesto hacerlo.
 —A tí te pasa algo, Mónica, y no quieres decirme lo, exclamó la joven señora mirándola con una extremada dulzura. Es que no tienes confianza en mí?
 La joven doncella volvió la cabeza. La mirada de la señora le pinchaba como una alfiler acerado que penetrara en su carne.
 Al principio me contabas tus cosas, continuó diciendo la señora Dunois; actualmente nada me dices, parece que me odias. A caso te he causado alguna pena sin saberlo?
 Atraida a despecho de ella misma, Mónica se había acercado a la «chaise longue». Allí se quedó parada, derecha, con la cabeza tíjaramente inclinada y vuelta del lado de la ventana. Sus dedos retorcián nerviosamente la punta de su delantal, pero se hubiera dejado matar antes que dejarse arrancar una palabra.
 —Alguien te ha disgustado? continuó la señora Hortensia. Te han dicho mal de mí? exclamó viendo que no obtenía ninguna respuesta.
 —Oh! exclamó Mónica, con los ojos brillantes de cólera, no se habrían atrevido!
 —Entonces por qué no quieres decirme la verdad? Acaso es que ya no me amas?
 —Mi buena y querida señora, exclamó Mónica, no amaros! Os amo cien veces más que...
 Se contuvo y se retorció las manos con un verdadero movimiento de desesperación.
 —Pues di!
 —No puedo, exclamó la joven con una explosión de dolor y

pidan la paz con el apoyo de las demás potencias para que esos enemigos nuestros vencedores de cuatro barcos, piratas y ladrones porque eso es lo que han hecho cuantas veces han podido, no se suban y quieran que se les dé hasta el último rincón de la Península.

Hágalo el pueblo, ya que el señor Sagasta dice que se inclinará a la voluntad de él, háganlo todos los periódicos, los comerciantes, los personajes de influencia en la vida de las capitales, políticos, artistas, literatos, hombres de ciencia, en fin, háganlo todos y hágalo el gobierno que el pueblo lo agradecerá mucho considerándola como la única de las victorias de esta guerra, que si continua nos arruina, nos aniquila, nos consume y nos hará perder hasta el último pedazo de tierra que tengan las aguas de los mares rodeando en círculo sus costas, porque ese enemigo lleva sin duda la estrella de la suerte, estrella que hasta ahora no ha visto el león de España por ningún lado del horizonte negrísimo de la patria.

Terminaremos estas consideraciones con las siguientes palabras:

Los revolucionarios franceses dijeron: «Salvense los principios aunque perezcan las colonias». El pueblo español debe decir en estos críticos momentos: «Salvense nuestra honra y nuestra querida España aunque perezcan las colonias». Antes España que las colonias. Antes la paz que todas las cosas que rodean los efectos brillantes de una guerra desastrosa.

RAFAEL GUERRERO.

Madrid, Julio, 98

Un Telegrama

En un telegrama de la Habana reexpedido desde Londres, se dice que en cuanto se supo en aquella capital la salida de la escuadra del almirante Cervera, de la bahía de Santiago de Cuba, se produjo una expectación extraordinaria. Los detalles que ya se conocían de los combates de tierra habían emocionado la atención de las autoridades, centros, prensa y público se habían reconcentrado en los sucesos que se desarrollaban en la capital de Oriente. A la caída de la tarde del día en que ocurrió la catástrofe se confirmaba el triste anuncio relativo a la escuadra.

Las personas más caracterizadas de la Habana, tanto del ejército como de la clase civil y de los voluntarios, acudieron a los centros oficiales en demanda de noticias.

La de la destrucción de la escuadra circuló como un rayo.

En los sitios públicos de la Habana produjo una emoción vivísima, pero se creía en el salvamento de los 4 buques por que los primeros rumores fueron sólo de la pérdida de los destroyers «Furor» y «Plutón».

Poco duró la duda, relativamente consoladora, pues en los centros oficiales se supo al poco tiempo la destrucción de toda la escuadra.

Al principio se había publicado un despacho en que se decía que los destroyers «Furor» y «Plutón» se habían perdido entre las olas, y los cuatro cruceros, según decían los tripulantes de los destroyers, marchaban combatiendo entre un fuego terrible que sobre los buques españoles hacían siete barcos enemigos que los acosaban de cerca, vomitando metralla también los buques españoles.

Desde las baterías de la boca del puerto y desde la caseta del vigía se veía maniobrar a los barcos en medio del tremendo cañoneo.

A poco de la salida de nuestra escuadra perdieron el orden de batalla, rodeados como estaban por un círculo de fuego enemigo.

Nuestros barcos procuraban salir de la línea enemiga, pero los buques norteamericanos se repartieron la presa acosando a cada uno de los españoles varios barcos yankees.

Ante espectáculo tan imponente, los de tierra, aterrados, se convencieron de que la destrucción era inevitable.

Continuaba el fuego con viveza por una y otra parte, creyéndose por todos en la pérdida segura de la escuadra española.

Al poco tiempo el «Infanta María Teresa» recibió grandes averías que le inutilizaban para el combate y para alhuidar.

El «Oquendo» sufrió también grandes destrozos en el combate, causados le acosaban.

Convencida la escuadra de la inutilidad de su defensa se dirigieron hacia las costas, con un supremo esfuerzo de máquina, y en ellos embarricaron los buques.

La vida en la prosa

De los guerreros y sus familias.

Nuestro colega «El Nacional» llamaba anteayer la atención de sus lectores acerca de dos telegramas que, realmente, han sido muy comentados por la opinión pública.

El uno es del general Agustín y viene dirigido al Gobierno, a quien participa que su señora y sus niños están en salvo. Lo hemos publicado en nuestras columnas, y aprovechamos esta ocasión para felicitarnos de que el general sobre quien pesan los rudos deberes de la defensa de Manila no tenga que verse en trance tan apretado y terrible como el de Guzmán el Bueno.

El otro telegrama es el que se atribuye al general Cervera y suponen las gentes dirigido a Puerto Real, avisando a la familia que él y su hijo Angel se hallan en buen estado y bien asistidos.

«Esa es la vida en prosa—dice «El Nacional»—la vida humana, que debería matarse por los ojos de los que aún esperan para redimirnos, a Don Quijote en el jamego ó a Lohengrin en el cisne».

A qué cuenta habla así nuestro colega, lo sabrá él. Nosotros no, alcanza mos a ver ninguna incompatibilidad entre los cuidados del padre de familia y los deberes del soldado para con su patria.

¿Ciertamente la leyenda alemana no dice nada de los parientes de Lohengrin, y que Cervantes, al imaginar la figura del generoso hidalgo, no le dió esposa é hijos, ni más que sobrinos, para que así anduviese por el mundo desembarazado de las pasadumbres domésticas y nunca suspendiera su brazo el recuerdo de la familia ausente. Quizá por lo mismo dió al escudero de D. Quijote los cuidados de Teresa Panza y de Sancho Panza, pero en ningún modo quiere esto decir que sea impedimento en los guerreros el tener dilatada la familia, con tal queden a ésta su lugar propio, que es después de Dios, del

El que ahora se able tanto de los parientes de nuestros caudillos y se vean mezclados en las cosas de la guerra a título de factores importantes de ella, no nos parece prosa pura, sino que más bien tiene algo de verso, y de verso heroico; pues el andar los hijos en compañía de sus padres, como el de

Montejo en Cavite y el de Cervera en la jornada frente a Santiago de Cuba, les acostumbra de, de mozos a las empresas arriesgadas y nos promete que en el porvenir no faltarán imitadores de aquellos altos ejemplós.

En esto de los guerreros y sus familias, lo único que hasta el presente hallamos un poco raro, es lo que teteografían a «El Imparcial», con referencia al general Monet, de quien dicen que ha llegado a Manila acompañando a su señora ó hijos y que esperaba que las tropas que manda (las que mandaba, suponemos), podrán también incorporarse a la guarnición de la capital, «si no se lo impiden los insurrectos».

Debe de haber aquí algún error, acaso nacido de que el general Monet, que estaba en Macabebe, sea quien haya logrado la libertad de la familia del general Agustín, y quien, para completar su obra, la haya conducido a Manila hasta verla en salvo.

CRÓNICA

Bajo la presidencia del señor Alcalde don José M. Borrás y con asistencia de los concejales señores Vergés, Romero, Nougués, Mas, Brioso, Mayner, Palleja, Massó y Quer, empezó a las siete y media la sesión de anoche.

Fue leída y aprobada el acta de la anterior. Dióse lectura a los B. O. correspondientes a la presente semana desprendiéndose que no contenían nada de interés para el Excmo. Ayuntamiento.

Pasó a la Comisión de Hacienda una comunicación de la Junta Municipal pidiendo que el Consistorio encabece con una cantidad determinada la suscripción nacional para el sostenimiento de la guerra y fomento de la marina.

Dióse cuenta del estado comparativo de gastos é ingresos por concepto de consumos durante el mes que acaba de finir con igual mes del año anterior.

Aprobóse un dictamen de la comisión de Fomento concediendo a don Jaime Montané permiso para construir un muro de mampostería en una propiedad lindante con el paseo de la Mina y otro concediendo a don Francisco Sostres Gil el permiso que tenía solicitado para verificar obras en una casa de su propiedad.

De la comisión de Consumos se aprobó un dictamen de don Juan Meix, vigilante de dicho ramo para proveer la vacante que dejó don Juan Meix.

Pasaron a la Comisión de Fomento una instancia de la sociedad Gas Reunense pidiendo permiso para instalar una red aer. para el servicio de la electricidad y otra de los señores Laticul y Coca de San Sebastián pidiendo permiso para establecer otra red aerea para el propio objeto.

de rabia. No os puedo decir nada, y no me pasa nada, nada, nada.

Su voz estaba alterada; pronunció las últimas palabras con una especie de gemido. La señora Hortensia comprendió que le ocurría algo grave.

—Tu madre te ha escrito? le preguntó.

—Sí, por año nuevo.

—Tu prometido?

—También, hace ya ocho días.

—No estás enferma?

—Todo el cuerpo me hace daño, pero no estoy enferma.

La señora Hortensia se calló, apenas visiblemente, y no sabiendo como vencer el firme propósito formado por la joven, de no decir nada.

—Si pudiera hacer algo por tí, me lo dirías? le preguntó al cabo de un instante.

Mónica le dirigió una mirada de hervor cogido, en la cual se leía toda la tristeza de un alma desvanecida.

—No podeis hacer nada por mí, mi buena señora, le contestó.

Nadie puede nada. Vois sois buena como el mismo Dios, pero perdeis vuestra bondad. No tengo nada, y por lo demás...

Un ligero signo de su desfallecida mano aabó su frase: —Qué importa, quería decir, lo que yo pueda sentir! Represento muy poca cosa!

La señora Hortensia apoyó su delicada mano sobre el brazo de la joven, que al sentir este contacto fué presa de un vivo temblor.

—A veces, dijo, se tienen penas, que se duda en confiar a la madre, porque una madre debe ser severa; pero se pueden decir a una amiga. acuérdate, Mónica de que en mí tienes a una amiga, una buena amiga, que te puede ayudar y socorrer...

Mónica besó lentamente, casi friamente la mano que se apoyaba en su brazo, como si quisiera que entrara más profundamente en su

alma el sentido de estas palabras de bondad; después se levantó y continuó su interrumpido trabajo.

La señora Hortensia quedó preocupada. Hasta muy poco tiempo que conocía a Mónica pero había puesto mucho camino en aquella criatura original y casi salvaje. La experiencia de mujer aun apoyada por las largas meditaciones que le proporcionaba su delicado estado, le indicó que allí había una llaga profunda, puede que un peligro.

La idea del peligro tomó de minuto en minuto más cuerpo en este espíritu clarividente; Mónica no había podido sufrir tan grande metamorfosis sin que una cosa importante le hubiera ocurrido en su vida. La idea de una seducción debía presentarse la primera; efectivamente, la señora Dunois se dijo que algún hombre poco delicado debía haber adquirido tal ascendiente sobre Mónica, que esta se encontraba indecisa entre el amor que había prometido a Marino y la influencia pernicioso de este ladrón de honores, la pobre joven debía verse terriblemente torturada...

Era preciso salvar a Mónica. Esta pequeña flor del campo no debía ir a aumentar el condal del lono que cada día el vicio envía a las calles. Pero para salvarla era preciso saber. Como informarse era preciso recurrir a informes proporcionados por una boca extranjera? A quién confiar el delicado encargo de una información sobre hechos de un orden puramente moral?

Con Antonieta no se podía pensar en modo alguno.

Esta era la última persona a la cual se hubiera podido aplicar que hiciera investigaciones sobre la conducta de su joven subordinada sin embargo el culpable, ó por lo menos aquel que en el pensamiento de la señora Hortensia debía tener la intención de serlo, no podía ser más que un comensal ó un empleado de la casa, pues Mónica jamás salía sola; el paseo por la colina, la vispera de Navidad había sido la única infracción de esta regla.

Las sospechas de la señora Hortensia recaían en Fermín, el ayudante de cámara de su esposo. Sabía que era poco escrupuloso y no

EL LIBERAL DE REUS

Diario político, y de avisos y noticias

Redacción y Administración en esta Imprenta

(PLAZA CONSTITUCIÓN, PÓRTICOS)

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: - En Reus al mes pesetas 1'50, Fuera,

trimestre, 5. - Extranjero y Ultramar, trimestre, 9

COMADRONA

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

APRECIOS CONVENCIONALES

EN ESTA IMPRENTA

se confeccionan toda clase de trabajos concernientes al arte de imprimir, desde los mas sencillos a los mas lujosos, con extraordinaria rapidez y economía.

PROMPTUARI

DE LA ESCRITURA CATALANA

MÉTODO SENCILLO Y FACIL

FRANCISCO FLOS Y CALCAT

PRECIO 6 REALES

SE VENDE EN ESTA IMPRENTA

Altas y Bajas para la

contribución industrial.

Se venden en esta im

prenta.

Imp. Ferrando.—Reus.

COMERCIAL

MORTUORIOS

PARA

EL LIBERAL DE REUS

Se reciben

en la Adm.

nistración,

hasta las 2

de la madru

gada

esquelas

de defun

ción se im

primen a to

das horas.